

Recuerdo de Eugenio

M. Cristina Redondo*

Dicen que al representarnos algo que tenemos solemos sufrir más que cuando el hecho eventualmente se presenta. Si es así, la muerte de alguien a quien queremos nos expulsa de lo ordinario también en esto. Cuando sucede, aunque mil veces mentada, es siempre inesperada. Eugenio hablaba frecuentemente de la cercanía de la muerte y nos obligaba a imaginarla. Pero llegó y, aquí estamos, con la tristeza y el desconcierto que, como en todos los lutos verdaderos, nos acompañarán por largo tiempo.

Una parte de mi relación con Eugenio continuará seguramente inalterada. Sin ir más lejos, la noticia de su fallecimiento me sorprendió rescribiendo una nota a pie de página en un artículo dedicado él. Pero, aun cuando el tema de discusión no fuese explícitamente su propuesta teórica, de un modo u otro, en mi investigación todos los caminos conducen a sus textos y enseñanzas. Enseñanzas a las que llegué de la mano de Ricardo Caracciolo a mediados de los años 80, apenas finalizada mi carrera universitaria en la ciudad de Córdoba, y que –hoy puedo ver claramente– han moldeado fuertemente mi forma de entender los problemas filosóficos y el método con el cual afrontarlos. La ausencia de Eugenio no cambiará este hecho. Con mucho orgullo, pertenezco a un grupo de ex jóvenes al que, tiempo atrás, algunos solían llamar –no se sabe si con mucho aprecio– los *Bulygin's boys (and girls)*.

Los recuerdos de Eugenio me llevan a un sinnúmero de escenarios. Allá por el año '91, me trasladé a vivir en Buenos Aires prácticamente para estudiar con él. Es un período que evoco con especial alegría. Los martes, los seminarios en el Gioja (ese año leímos *Beginning Logic*, de E.J. Lemmon), las reuniones en SADAF, alguna clase en su curso de la UBA, todo esto salpicado de charlas, cenas, invitaciones a su casa; siempre bajo su ala protectora y estimulante.

Por iniciativa suya, ese año llegué a trabajar en su Juzgado y, después de exactamente un mes, también por su propia recomendación dejé el puesto y acepté una beca para hacer un doctorado itinerante en España. Con su usual buen humor e ironía, solía comentar que fue una suerte que surgiera esa oportunidad, ya que fui

* Istituto Tarello per la Filosofia del diritto, Dipartimento di Giurisprudenza, Università degli Studi di Genova, Via Balbi 30/18, 16126, Genova, cristina.redondo@unige.it.

una de sus peores secretarías. Yo le preparaba con orden todos los antecedentes del caso a resolver en el expediente, pero nunca osé sugerir –y menos aún redactar– una sentencia. Cosa que, supe después, era exactamente lo que se esperaba de mí.

Por donde quiera que mire el recorrido de mis estudios, Eugenio ha estado presente. Tengo vívidamente en mente aquel enero de 1992 cuando, con inmensa emoción, comencé las clases de doctorado en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Eugenio fue mi primer profesor; y fue también él quien, al finalizar, en 1995, me apoyó enormemente para publicar mi tesis. En suma, puedo dar fe de que, en mi caso, se atuvo coherentemente al principio que solía citar con mucha seriedad: “Nunca nadie me podrá acusar de haber sido imparcial”.

Mi relación con Eugenio siempre tuvo un doble carácter. Fue de un extraordinario respeto intelectual y de un no menos intenso afecto personal. Creo que esto también caracterizó su vínculo con muchas otras personas y explica por qué seremos tantos los que lo extrañaremos en modo especial. En esa sucesión de años compartidos en los que gozamos de su buena amistad y exquisita inteligencia, algunos de los momentos más entrañables están ligados a las sierras de Córdoba. Un hito fundamental es sin duda el Seminario Anual de Vaquerías, donde por muchos años su presencia –interrumpida solo durante las infaltables siestas–, fue esencial, y benefició a todos los que por allí pasaron. Una vez, en ese contexto, un sagaz comentario de Eugenio sobre una ponencia que yo acababa de presentar provocó la enfurecida reacción de mi hijo, Gabo (en ese momento muy pequeño), que desde el fondo de la sala protestó “¿Por qué Bulygín critica tanto a la mamá?”. Traigo a colación esta inocente anécdota por varias razones. Entre ellas, porque ciertamente no fue la única vez que Eugenio me criticara. En general, estaba en profundo desacuerdo con varias ideas a las que yo he prestado mucha atención, como, por ejemplo, el problema de la normatividad del derecho o el estudio de las normas desde la perspectiva de las razones para la acción. Sus críticas han sido siempre aleccionadoras. Sin cancelar el desacuerdo, en toda ocasión me han recordado la necesaria profundidad con la que se ha de pensar cada problema para merecer el privilegio de medirse con personas del talento de Eugenio. Pero, a la vez, rememoro esta anécdota porque el hecho de que mi hijo se enojara con Eugenio supone varias cosas. Gabriele se animaba a increparlo porque le era cercano, parte de los cariños que lo circundaban; y así como en ese momento quiso regañarle por las críticas que me dirigía, en otros, imitaba su sonora carcajada, su inconfundible acento, sus frases célebres. Dicho sea de paso, de hecho, Eugenio ha sido una fuente riquísima de sentencias proverbiales, que a veces no se pueden citar ante académicos muy formales, no porque no sean adecuadas, sino porque suelen ser, además de descarnadamente verdaderas, precisamente ‘antiacadémicas’.

Las sierras de Córdoba están ligadas a otro recuerdo que merece una mención aparte: la travesía a Santa Catalina, que por varios años fue casi una tradición invernal. Siempre guiada por Pablo Navarro, se iniciaba atravesando un camino de tierra

sumamente dificultoso, cuyo mal estado Eugenio defendía con vigor por su eficacia para desalentar turistas efímeros, y a pesar de que él mismo estaba constreñido a recorrerlo con su auto, al menos desde el aeropuerto. No era muy sensible a las incomodidades o peligros provocados por la conducción. Y, ciertamente, doy fe de que no era sensible a los que provocaba a sus acompañantes cuando, por ejemplo, a velocidad sorprendente atravesaba de una vez todos los carriles de avenida Libertador, una de las arterias más transitadas de Buenos Aires, para girar a su conveniencia.

En Santa Catalina, Eugenio y Elvira, su mujer, nos recibieron siempre con gran amabilidad y él mostraba sus virtudes de cocinero. Memorables son su cerdo al horno de barro, o el Gulasch. Platos que requerían un esfuerzo madrugador considerable y el trabajo de muchas horas. Debo decir que el resultado era fantástico. Sin desmerecer, por supuesto, su vodka, que se debía beber de un solo trago. En este caso, nunca revelaba la receta, pero, ante la pregunta insistente sobre a base de qué lo preparaba, subrayaba con énfasis: “En estado de necesidad, un ruso puede destilarse a sí mismo”.

En ese ambiente distendido se percibía con nitidez su capacidad de disfrutar de la naturaleza, los animales que lo rodeaban, las largas horas de lectura. Los encuentros en su casa transcurrían entre caminatas (con la siempre presente Monkey), recomendaciones de libros (más de literatura que de filosofía), programas para actividades futuras y anécdotas de todo tipo. Recuerdo su gran diversión al contarnos cómo, una noche, había pasado largo rato intercambiando aullidos (sí, ¡aullidos!) en la convicción de que el interlocutor era un lobo que, increíblemente, reaccionaba a sus llamados. Por supuesto, la magia del evento se desvaneció de inmediato cuando, al día siguiente, el vecino le contó entusiasmado que en las cercanías había un lobo que le respondía cuando él lo imitaba. Por descontado, Eugenio no intentó sacar a su vecino del engaño, lo cual habría requerido confesar que era él el lobo con el que había entrado en comunicación. Así como en esta circunstancia, siempre, Eugenio transmitía su buen humor, la forma franca y sin reveses con que miraba y evaluaba las cosas. Dialogando con él, cualquier problema comenzaba a lucir más simple y liviano de cuanto pareciese al inicio.

Podría hablar horas sobre Eugenio. Mis recuerdos son muchos y de distinto tipo, pero siempre afectuosos, intelectualmente inspiradores, distendidos, o inclusive jocosos. Me hace particular ilusión evocar unas jornadas académicas que se desarrollaron en la primavera europea de 2013, en un lugar de valor excepcional para él: San Petersburgo. El encuentro era dedicado a celebrar la traducción de *Normative Systems* al ruso, y las reuniones de cada día estaban pensadas para permitir paseos turísticos por la tarde. Me alegra sobremanera haber tenido esta oportunidad, en la que pasé varios días en su compañía. Se notaba la mezcla de nostalgia y satisfacción que sentía estando allí. Usar su lengua materna y, con orgullo, comprobar que le permitía comunicarse sin dificultad. “Suena solo un poco anticuado”, le comentó

un vendedor con el que intentaba entablar un diálogo... Comer platos típicos que disfrutaba golosamente (¡Los blinis con huevos de salmón!). Pasear a lo largo del Neva y detenerse para recitar a Pushkin; siempre sin pompa, y con la invariable espontaneidad que le permitía con igual elegancia declamar los versos de un poeta ruso o manifestar su peculiar –y poco políticamente correcto– ‘feminismo’ ante las hermosas mujeres del lugar.

Esos días en San Petersburgo fueron para mí un lujo. Sobre todo, escuchar sus propios recuerdos que brotaban numerosos, como pocas veces antes, bajo el estímulo de esta bellísima ciudad. Allí me refirió que estaba intentando escribir una autobiografía. No tengo noticias sobre si, y cuánto, habrá logrado avanzar en ese proyecto. Sería muy valioso contar, al menos, con un inicio del relato de la increíble historia personal e intelectual de Eugenio, escrito de su propia mano. Historia compleja, que tal vez explica al hombre sabio que de ella resultó. Como a esta altura ha de ser claro, no he tratado de iluminar esa historia. No sé si podría colaborar con datos y fechas. He preferido compartir algunos recuerdos personales, en el intento de retenerlo un momento más, para agradecerle su inmensa generosidad y expresarle mi cariño y admiración incondicionales.